

LA PUÑALADA

No supe jamás su nombre.

Una noche, en la rue de la Gaité, cuatro amigos, al salir del taller, discutíamos sobre nada, cuando una picaresca muchacha rozó nuestras sonrisas con las suyas borbotantes de encanto.

Los amigos la vieron sin mirarla. Yo la contemplé, la seguí.

¿A dónde vas, *ma petite*?

—Me paseo...

—¿Quieres venir conmigo?

Sin contestarme, con ojos de pecado me miró risueña.

—Anda, ven...

—Si tú quieres...

—Sí, sí; pero... ¿A dónde?

Me habló con una gracia suave y natural.

—Si tú quieres, aquí cerca, en el Hotel de Bretaña, ¿te parece?

—Donde tú digas... ¡Qué linda eres!... Dame un beso...

Y en plena tarde la hice mía con el pensamiento en la penumbra de un árbol del Boulevard y al calor de mis ardores de artista.

* * *

—*Bon soir*, patrón —dijo ella al entrar en el paupérrimo hotelucho.

—¿Es por toda la noche?

—No —dije yo.

—*Le cinq' alors* —dijo el hombre gordo.

Subimos.

—Yo callaba, ella sonreía. Charlando desabrochó su corpiño, hizo deslizar por las caderas mórbidas su trajecito de velour negro, y quedó en camisa.

—¡Qué maravilla de formas, de juventud y de gracia!

Al verse admirada así me regaló sus labios y me besó ansiosa.

¡Qué ardor tenían mis veintitrés años frente a aquella cisterna de belleza y de placer!

Hubo un momento en el que sus pupilas entrecerradas, el imán de sus líneas y el favor de su galante gesto, me arrojaron bruscamente sobre aquella estatuilla pecaminosa de Montparnasse.

Abrí los brazos y tremante la estreché con fuerza al tórax... ¡Oh!... y entonces, entonces aquella mujercita lanzó un grito terrible de dolor que me aterró.

—¡Ay!...; No; así no, así no...

Arqueó el cuerpo como un tallo lastimado y suspirando de muy hondo me imploró misericordia con mirada suplicante.

—¿Qué tienes? —inquirí asustado.

Entonces levantó sus ropas, y vi:

¡Qué horror! Sobre la cintura elegante y blanca una venda blanca tapaba una herida.

—Mira —me dijo; ayer un apache me dio aquí una puñalada—; y desenvolviendo la cinta larga manchada de sangre, dejó al aire los labios rojos y trágicos de una herida recién abierta...

—¿Cómo fue?

...Las mujercitas así no explican las cosas bien; es preciso adivinarles.

Fueron los celos. En un baile de vicio y amor el *souteneur*, el apache idolatrado estaba celoso, la insultó, la estrujó, la pegó, la quiso matar; y el puñal casualmente no dio en el corazón.

Vivía, y vivía para él...

Así, herida, por las calles oscuras, silenciosas y frías de París, iba buscando cinco francos que llevar al verdugo.

El amor en París suele ser así...

* * *

Ella no comprendió nunca por qué mis besos fueron tan dulces;

por qué la dejé rozando con mi alma “Las puntas de sus alas”, y por qué sin tocarla, con pudor y ternura, la dejé diez francos, mi pan de una semana de miseria y de frío. . .

Buenos Aires, Dic. 12 de 1916. Café Parisiën.

(Del libro *Inédito*, *Cuentos de París*)